

# HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

LA literatura de costumbres no está ahora muy considerada. Escriba usted novela o cuento o artículo que le critiquen como costumbrista, y verá. Cuando eran otros los modos y las modas, los autores trataban a menudo el tema de las relaciones derivadas de la propiedad urbana: los caseros -"inútil es decir que el casero tenía mala cara, todos la tienen"-; los inquilinos quisquillosos; las porterías con hijas huérfanas y codiciables; y aun personajes no de carne y hueso sino fantasmales como el recibo mensual, siniestros como un desahucio.

A un Larra, suyo es lo anterior entrecomillado, a un mesonero, a un Estébanez Calderón, les hubiera gustado escribir sobre "el presidente". Si existiera entonces "el presidente".

La propiedad horizontal es nueva, fruto, precisamente, del edificio muy vertical. Y nos ha traído, con el beneficio moral de una convivencia -aunque venga obligada- el perfil inédito de quien encabeza esa convivencia. Un cargo gratuito, no siempre deseado, muchas veces heroico. El mandato del presidente de comunidad de propietarios transcurre a lo largo de tenaces incordios -el ascensor, la portería, el fontanero, ¡ah, el fontanero!-, pero alcanza su cumbre de paciencia y sapiencia en los días de junta. El presidente abre la sesión, pero raramente se atrevería a decir "Se abre la sesión". Los señores comuneros tienen buena voluntad, quieren arreglar las cosas de la casa, pero de paso arreglar el país, contar chistes, ensartar ingeniosidades. Luego, las cuentas les parecen subidas, incluso a quienes pidieron la calefacción en mayo, o peces de colores para el portal. El presidente tiene que atender a todo, a todos. Tiene que atender a las consignas -"Tú no seas tonto, a ver qué se cree la del ático" previas y roedoras de su propia mujer...

Al presidente de ahora, que es una especie de casero de caseros, le sigue conviniendo el cúmulo de cualidades que "El curioso parlante" señalaba para el propietario de un siglo atrás: "espíritu conciliador, un alma grande, una capacidad electoral, una presencia majestuosa, actitudes académicas, sonora e imponente voz". Así se comprende la satisfacción de mis amigos madrileños con presidente nuevo, que sin duda las reúne y por esto no saben si lo tienen o lo sueñan. Fue funcionario importante, hoy en el afortunado trance de su jubilación bien llevada y nada ruidosa. Se hizo rogar no más de lo que exige la cortesía, y aceptó. La cosa -la casa- marcha

como la seda. A veces ilustra mucho un ejemplo pequeño, pequeño y significativo: El portero, antes renuente, acude ahora presuroso y disciplinado, aunque con más énfasis en el inicial saludo mañanero. Es la norma que él tenía, el presidente, en su Gobierno de Ciudad Real, donde la guardia formaba para la primera salida de S. E. (Luego, durante el resto de la jornada, bastaba mano a la gorra.)

Pero, claro, lo malo está en que no hay tantos presidentes -idóneos, verdaderos- como inmuebles en régimen democrático. Porque nadie pretenderá que en una sola calle puedan darse cincuenta, o veinte, o ni que sean seis, ciudadanos con ese carisma, que es como ahora se dice. Y mucho menos, que siempre vaya a tenerse a, mano un ex-gobernador civil.

-\*\_

HAY que ver cuántas tiernas y pequeñas heridillas de frustración va dejando el tiempo en el corazón del hombre. Aunque mejor fuera para un poema lírico, que es donde se nos consienten más las efusiones personales, voy a confesar aquí, por lo menos, tres desencantos que me acompañan desde los verdes años El primero es porque, muy secretamente, anhelaba dirigir una orquesta. Pero no pasé de un solfeo urgente que debo a don Honorato, en tiempos en que ingresé en los maestros de escuela, cuando se llamaban maestros de escuela y no eran tan así como don Antonio, el de Crónicas de un Pueblo. Ser cirujano "¡Gasa!" "¡Pinzas!" "¡Sudor!"- también me ponía el corazón anhelante. Luego resultó que si me llevaron al quirófano fue para estar yo debajo de la gasa, de las pinzas, y probablemente, sudando.

Mi tercera fase desiderativa proviene de que ando empecé a sentirme mozo estaban de moda, en los noticiarios cinematográficos, los jefes que avanzaban en largos coches precedidos de escoltas con sus sirenas ululantes. Que el tiempo todo lo muda, es filosofía vulgar; y en el pasado domingo, de fresco otoño me ha sido una vez más experiencia propia. Desde el borde de Papalaguinda he visto pasar, en medio de sus coches de respeto, el señor capitán general. Con sus motoristas abriendo marcha. Y de pronto (ahora que yo mismo tengo edad de general, por lo menos de coronel), me encuentro con que daría algo por ser soldado de jurar bandera.

Esto confirma la eterna y dramática condición del hombre, siempre deseando lo que no tiene. De lo que tienen los reclutas veinteañeros, bien de cosas podría uno envidiar. Pero quedo con la estampa de un mozo rural, en torno a quien se desplegaba,

después de la ceremonia, una familiar devoción. Estaba la novia y el mozo, él diferencia de la ciudad, con melancolía displicente se sientan en un banco o en una cafetería a dejarse querer, tomó el mando y empezó en el acto la instrucción y doma de la que será madre de sus hijos: a empujones; no muy duros, amorosos, empujones al fin.

Los padres, disimulando, parecían decirse que el chico, desde hoy, es lo que se dice un hombre.

-\*\_

IGNORO si alguno de mis lectores ha recibido invitación para la que ya se llama socialmente "la boda del otoño", y por cierto, serán tres días entre bodas y tornabodas: el 7, el 8 y el 9 de octubre.

Los protagonistas son un Romanones y una princesa austriaca, y el programa de los actos a celebrar, que acompaña a la invitación propiamente dicha, avisa del avión DC-9 que especialmente se fleta con destino a Salzburgo. Habrá baile de gran gala y conciertos. Se ruegan diademas y condecoraciones. A la ceremonia deberán ir las damas con traje corto, y libres de aprensión, porque se garantiza calefacción en la iglesia. Cacería de patos, mufflon, jabalí, gamo y corzo, etcétera.

Bien. Si lo cuento es porque, dándose la casualidad de que parto ahora para el Salzburgo de Mozart me interesa conste (incluso a efectos fiscales) que mi escapada es más modesta, y todo parecido mera coincidencia, como en las novelas y en las películas. Mi mujer -me confiesa-, anda mal de diademas esta temporada. Y yo, como no fuera alguna flor natural...